

# ***LAS PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO***

**Montserrat Huguet.**

CONFERENCIA

**CURSO DE VERANO  
LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA**

**PROGRAMA DE LA  
UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID  
7 DE JULIO DE 2004**

Como expresión indudable de las intenciones programáticas de las universidades españolas de la posguerra, como reflejo del quehacer científico en sus aulas y del grado de compromiso político de los titulares de las cátedras correspondientes, las publicaciones universitarias constituyen un vehículo de estudio hoy en día imprescindible y por ello insoslayable. Desde el conocimiento de su historia y de la de sus publicaciones, puede intuirse el entramado de los circuitos de poder que las universidades franquistas sustentaron, sirviéndose del pretexto científico y del académico para camuflar los procesos de legitimación ideológica del régimen. En las siguientes páginas se extrapolarán algunos de los ejemplos publicados más significativos producidos en la Universidad de Madrid durante los primeros años de la posguerra. Tras una breve pero necesaria incursión en el papel desempeñado por la Universidad de Madrid en los planteamientos del denominado régimen franquista, nos acercaremos a tres publicaciones, la *Revista de la Universidad de Madrid*, la *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, y el *Anuario del Centro de Estudios Universitarios*.

## **1. La *Universidad de Madrid*: reconstrucción y objetivos dentro del Nuevo Orden.**

El origen de la Universidad de Madrid se remonta, como es bien sabido, a la fundación de la Universidad Complutense de Alcalá de Henares en los inicios del siglo XVI (1508). Ya en el siglo XIX fue trasladada a Madrid, cambiando su nombre por el de Universidad Central y recibiendo como sede el edificio situado en la calle de San Bernardo. En el siglo XX, el crecimiento de la actividad en la Universidad obligó al Estado español a la construcción de una *Ciudad Universitaria* a las afueras del casco urbano. La iniciativa de esta creación partió del monarca, Alfonso XIII, en un momento en que la Corona intentaba consolidar una ideología nacionalista en el seno de una España anhelante de modernidad y de un reencuentro con su identidad. En plena Dictadura primoriverista, se pretendió pues levantar un centro universitario que fuera exponente de la *cultura hispánica* y enseña del Estado Español. El proyecto fue encargado al arquitecto Modesto López Otero y según lo dispuesto por el Real Decreto de 11 de mayo de 1927 fue dirigido por una junta autónoma. Como emplazamiento idóneo fueron elegidos los terrenos de la Moncloa, en el noroeste de la ciudad. Desde el punto de vista urbanístico esta decisión tendría el efecto, solo resuelto en el último tercio de este siglo, gracias a la conectabilidad de la zona, de frenar el crecimiento de la ciudad en esta dirección. El proyecto inicial respondía a una concepción unitaria: la de aglutinar en un recinto homogéneo a todas las ramas disciplinares de la Universidad española en aquel momento, tomando como referencia los modelos europeos. Sin embargo, durante la Guerra Civil española (1936-1939) la Ciudad Universitaria quedó convertida en el escenario de uno de los episodios más significativos de la guerra. Su destrucción prematura abortó el proceso de construcción iniciado en la década precedente. Ello forzaría la reocupación del gran edificio de la calle de San Bernardo después de la guerra, dando tiempo al régimen franquista a emprender las tareas de reconstrucción material. Víctima de los destrozos, la Ciudad Universitaria se convirtió para siempre en un espacio desestructurado y falto de planificación, que pasó a albergar, además de las Facultades, a numerosos edificios ministeriales e institucionales en los que se desempeñaban actividades docentes y de investigación pero ajenas a la propia Universidad. Más grave aún, no se estimuló ningún tipo de vida extraacadémica –zonas residenciales para profesores y alumnos, centros de reunión y de ocio, así como servicios y medios de transporte-consustancial a cualquier universidad. Aunque las facultades fueron

creciendo a partir los años cincuenta, la Ciudad como tal constituía un espacio vacío de vida, mero lugar de paso para los vehículos que se adentraban en el barrio de la Moncloa, más allá de las horas lectivas.

En el inicio de la década de los años cuarenta, el Ministerio de Educación, con José Ibáñez Martín al frente consideró la reestructuración de la Universidad de Madrid como uno de los retos fundamentales de su cartera, un aporte fundamental para la construcción del pretendido nuevo Estado. Los principios de la reestructuración universitaria se inspiraban en el nacionalismo conservador católico elaborado por la *Asociación Católica nacional de Propagandistas (A.C.N.P.)* –contrapunto de las tareas desempeñadas por la *Institución Libre de Enseñanza* y la *Junta para la Ampliación de Estudios*– cuyos lemas, intento de dar la réplica a los de las etapas monárquica y republicana, postulaban la consecución del *espíritu nacional* y la unidad del país. De la nueva universidad se exigía, al igual que del resto de los elementos de la nación, una actitud constructiva al servicio del nuevo Estado, a costa si era menester de su absoluta desvinculación de los problemas específicos de la sociedad española.

Resulta fácil concluir que para conseguir estos propósitos fuese imprescindible la constitución de una comunidad científica afín al nuevo régimen o al menos conciliadora con él. De forma ágil los puestos universitarios fueron siendo ocupados por personas cercanas a los grupos falangistas y católicos del régimen. La Ley de Ordenación Universitaria, promulgada en 1943, establecía la acomodación de la enseñanza superior a la moral católica y a los Principios del Movimiento. Los estudios universitarios españoles pasarían a ser cursados en las doce universidades existentes antes de la Guerra Civil, incluida la de Madrid. No obstante a haber perdido oficialmente el nombre de Universidad Central, la de Madrid se consolidó en su tradicional papel de centralidad. Todas las oposiciones y actividades de la vida académica principales –constitución de tribunales e inscripción y lectura de tesis doctorales, se celebrarían en Madrid. Además, la de Madrid era la universidad española con un mayor número de estudiantes en sus aulas, cerca de un tercio del total, con leves variaciones a lo largo de toda la etapa franquista, pero con un crecimiento constante hasta el punto de producirse signos de congestión en algunas de las facultades. Aún así, esta peculiaridad de no se tradujo en un esfuerzo de inversión económica sustancial por parte de la Administración del Estado franquista, que hizo oídos sordos a las llamadas de atención en este sentido provenientes de la comunidad universitaria de Madrid. Casi la

totalidad de recursos asignados a la Universidad de Madrid se dedicaban a cubrir la nómina del del funcionariado administrativo y docente. Ello fomentó el descuido de los medios didácticos más elementales, laboratorios y bibliotecas para los alumnos por ejemplo.

El profesorado de la Universidad de Madrid tuvo en sus manos la formación de unas generaciones nuevas sobre las que ejercieron una no desdeñable influencia. Las propias publicaciones de la Universidad y sus trabajos en ellas, rebelan la sólida presencia de las figuras académicas toleradas y apoyadas por el régimen en sus primeros años. No debemos perder de vista sin embargo la no desdeñable circunstancia de que el profesorado universitario estuvo sometido –al igual que otros grupos de presión social- a un sistema de jerarquización y de control sin precedentes en la vida académica española. Las necesidades del régimen y el exilio de los intelectuales y profesores de la República, forzó la instensa renovación del profesorado. A la función docente universitaria se accedía por oposición, tras la que el nuevo catedrático-funcionario pasaba a ocupar la cúspide de una pirámide integrada por varios escalafones del profesorado: los encargados y profesores adjuntos a la cátedra, y los auxiliares y ayundantes, que se ocupaban de las clases teóricas y prácticas respectivamente. En contrapartida al descuido en la formación de bibliotecas de uso general, los departamentos, las cátedras y los seminarios fueron dotados de bibliotecas de uso restringido para el personal docente y una minoría de alumnado privilegiado. Los fondos así constituídos tardarían mucho tiempo en ser incorporados a las salas de consulta general. Este paso sería fundamental no obstante , no solo para facilitar al alumno el contacto con los libros y las publicaciones periódicas –tradicionalmente muy escaso, dada la casi exclusiva utilización de los apuntes del catedrático en el proceso pedagógico- sino también para unificar unos cada vez más numerosos e interesantes fondos que, durante muchos años estuvieron dispersos por los despachos y las bibliotecas de los departamentos.

Renacida en 1939 la Universidad de Madrid carecía de cualquier viso de autonomía. Su Claustro no tenía ningún poder decisorio por estar concebido como un órgano meramente consultivo. Tampoco fue concebida como centro de investigación afín a la naturaleza de las universidades europeas de la época. La docencia constituyó la práctica totalidad de la actividad universitaria de Madrid. Las conocidas limitaciones del C.S.I.C. en sus inicios, fruto de su orientación oficialista, no

contribuyeron a mejorar el nivel de la investigación en las facultades madrileñas. En este sentido, quedó abortado el papel de vehículo de transmisión de resultados de la investigación que las revistas universitarias de difusión casi estrictamente académica debieran haber jugado.

## **2. La Revista de la Universidad de Madrid.**

De la mano de la reapertura de las aulas en 1940 hizo su aparición una publicación, *La Revista de la Universidad de Madrid*, cuya finalidad era dar publicidad y servir de marco de expresión al proceso de reconstrucción de la vida de la Ciudad Universitaria. Su director, Ciriaco Pérez Bustamante, fue el Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. La revista estaba estructurada en tomos, cada uno correspondiente a un curso académico, subdivididos a su vez en fascículos, relativos a las diferentes facultades. Se trataba de una publicación modesta, si bien en 1943 mejoró su formato con ocasión de la apertura de curso y con motivo de la celebración de la terminación de las obras de la Facultad de Filosofía y Letras.

El tomo de 1940 tenía cinco fascículos dedicados respectivamente a la Filosofía y las Letras, a las Ciencias, la Medicina, la Farmacia y el Derecho. Los vínculos ideológicos entre la Universidad y el régimen franquista encontraron su vía de expresión más evidente en el fascículo de Filosofía y Letras, al que prestaremos especial interés. De entrada y bajo el título de *Renacer*, la publicación expresaba sus propósitos esenciales. De entrada, manifestaba su filiación como heredera de la *Revista de la Universidad Central* publicada en los años veinte. Con ello afirmaba su intención continuista con respecto al periodo prerrepblicano. El Director, Pérez Bustamante, expresaba la voluntad de reconstrucción de la Universidad de entre las ruinas de la guerra, aludiendo no sólo a la destrucción física sino también sin duda a la moral. Según el profesor Pérez Bustamante, el modelo universitario de la reconstrucción tendría que rezumar *seriedad*, dejando al margen cualquier manifestación o intención de *rebeldía* o de *pintoresquismo*. Se dedicaba la nueva universidad a los estudiantes nacidos en la batalla de la guerra, pero,

sobre todo, a los muertos en ella. Finalmente, explicitaba *Renacer*, era el espíritu cristiano el que debía reinar en las aulas.

Fue en este primer fascículo del año 1940 dedicado a las Letras en el que participaron firmas como las de Eloy Bullón o Carmelo Viñas y Mey. Llama la atención la aportación de Eloy Bullón, cuyo trabajo, carente de valor historiográfico en sí mismo, resulta significativo por aparecer por aparecer en el primer fascículo y tomo de la revista. Con el título *Hombres y doctrinas*<sup>1</sup>, reforzaba la línea programática con que Pérez Bustamante había presentado la publicación. El artículo de Bullón era una clara apología del pensamiento de Menéndez y Pelayo y de la cultura hispana del siglo XVI, así como de las exploraciones científicas de los españoles en el Nuevo Mundo. Deploraba, en cambio, la que denominaba *cultura* del siglo XIX, desde una crítica en absoluto original, pero que marcó no obstante el discurso habitual de la Universidad de Madrid y más en concreto de su Facultad de Letras, de la que Bullón fue Decano. Así mismo el fascículo recogía la transcripción de la alocución de Bullón pronunciada ante el micrófono de Radio Nacional de España el día 5 de octubre de 1939, dentro del ciclo de conferencias *Cultura española en el Siglo de Oro*, bajo el título de “La hora presente y la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid”<sup>2</sup>. El mencionado ciclo de conferencias se articulaba en torno al siglo de Oro Español y a su cultura; los conferenciantes fueron: Armando Cotarelo, Santiago Montero Díaz, Luis de Sosa y Ciriaco Pérez Bustamante. Como rasgo publicitario de las actividades de la Facultad, pero rasgo inequívoco de la ausencia de autonomía universitaria, se hacía gala del fomento del contacto entre los universitarios españoles y el mundo árabe, a través de una excursión al Marruecos español, organizada para los alumnos de las Cátedras de Árabe y presidida por el Catedrático Julio Martínez Santa Olalla. El viaje estaba subvencionado por la Facultad, si bien contaba con el *patrocinio* del Ministerio de Asuntos Exteriores.

En la misma senda ideológica, el artículo de Carmelo Viñas y Mey, “Imperio y Estado en la España del Siglo de Oro”, era la expresión de un quehacer ensayista erudito, repleto de referencias marchitas al clasicismo. Carente de cualquier aire renovador, Viñas hablaba en su texto de la

---

<sup>1</sup> BULLÓN, E.: “Hombres y doctrinas”, en *Revista de la Universidad de Madrid*. Tomo I, fascículo I, 1940, pp. 9-13.

<sup>2</sup> Op. Cit., pp.202-204.

doctrina española del Imperio, del Estado *teológico*, de la religión y de la justicia. De una justicia de la que la

*“(...) actitud de España, que no somete, sino que “preside” a los pueblos de su Imperio, que se hermana con ellos, y a los españoles con los otros súbditos, incluso los indios, y no por motivos pragmáticos de conveniencia política, sino por todo lo contrario, tuvo sus quiebras en la práctica”<sup>3</sup>.*

Entre el ideal de la doctrina y el interés de España —señalaba— prevaleció el primero y ello fue la causa fundamental de la caída del Imperio. El sueño español de la justicia se convirtió en un arma de doble filo: privilegio y poder para unos cuantos y servidumbre, injusticia y opresión para los súbditos, concluía sin aclararnos este último término.

El fascículo V del primer tomo de la Revista, monográfico dedicado al Derecho, puede considerarse como uno de los más jugosos de la publicación. Las referencias a la situación internacional, y al papel de España en el orden mundial del momento, convierten a este volumen en un auténtico manifiesto de intenciones oficiales. Casi todos los trabajos merecen una lectura atenta. Mariano Puigdollers, teniendo como fuentes de su pensamiento a Séneca, Lull y Vives, escribía sobre “La paz, como dimensión espiritual de nuestro Imperio”<sup>4</sup>. Eloy Guerra Ballespín trataba sobre el Estado y la libertad para desembocar en la doctrina del Fascismo<sup>5</sup>, en un texto al que daba contrapunto un artículo sobre la interpretación del Marxismo, escrito por Antonio Perpiñá Rodríguez<sup>6</sup>. No faltaba tampoco un artículo acerca de la naturaleza de la Santa Sede en cuanto a sujeto internacional<sup>7</sup>. En el apartado de Bibliografía, la clásica recensión del libro de Castiella y Areilza, *Reivindicaciones de España*. En plena decantación de la España franquista en pro de una neutralidad benévola, el volumen al que aludimos hacía gala de una germanofilia explícita. Así, introducía una sección de bibliografía jurídica alemana, que

---

<sup>3</sup> Op. Cit., p. 104.

<sup>4</sup> PUIGDOLLERS, M: “La paz, como dimensión espiritual de nuestro Imperio”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, tomo I, fascículo V, 1940, pp. 82-106.

<sup>5</sup> GUERRA BALLESPÍN, E.: “Estado y libertad: Hegel y el Fascismo”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, tomo I, fascículo V, 1940, pp. 151-164.

<sup>6</sup> PERPIÑÁ RODRÍGUEZ, A.: “Interpretación política del marxismo”, en *Revista de la universidad de Madrid*, tomo I, fascículo V, 1940, pp. 165-180.

<sup>7</sup> SOTO y BURGOS, A.: “La personalidad internacional de la Santa Sede”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, tomo I, fascículo V, 1940, pp. 181-185.

iba seguida de una denominada *bibliografía del Movimiento*, además de varias secciones referentes a revistas y otras cuestiones de interés.

De entre los trabajos del fascículo de Derecho cabe hacer referencia en especial al ya citado de Perpiñá Rodríguez, *Interpretación política del Marxismo*, que aporta un pretendido análisis razonado de los postulados del *Manifiesto Comunista*, tema inusual en los autores españoles del periodo. Desde una negación absoluta de tintes falangistas de los principios del Marxismo, Perpiñá señalaba, la distinción entre las cuestiones de política general y las de justicia social. Ambas –decía– podían realizarse bajo cualquier régimen, incluido el marxista, ya que iban referidas a la situación económica y social de los trabajadores, cuya protección laboral no era una dimensión específica de ningún régimen político. Perpiñá intentaba demostrar, no obstante, que el marxismo podría ser entendido tan solo como una forma política, como una teoría de la integración de la clase gobernante, y con escasa relación con la justicia social. Concluía el autor que el marxismo subordinaba el aspecto social al político y que se movía exclusivamente por el ansia de poder.

A modo de balance del casi concluido curso académico 1940-1941 y coincidiendo con la conmemoración del cuarto centenario de San Juan de la Cruz, la *Revista de la Universidad de Madrid* insertaba un texto que, como tantos otros extraídos de sus páginas, revelaba la concepción escasamente pragmática y científica, junto con el discurso retórico imperante, en el proyecto de la reconstrucción universitaria durante los primeros años de la posguerra:

*“Coincidiendo con la Fiesta del Libro (23 de abril) se celebró la primera (conferencia), siendo conferenciante el catedrático de Filosofía de la misma Facultad, don Juan Francisco Yela Utrilla, el cual trató de encuadrar su estudio filosófico sobre el santo dentro del concepto título (sic) “San Juan de la Cruz y la aventura mística”.*

*“A través de dicho estudio, esmaltado completamente en términos y expresiones usadas por el Rey de los Místicos, vimos perfilarse una idea o noción de aventura lo más ajena al pretendido nihilismo del santo español, culminando todo ello en un concepto de libertad, cifra y compendio de la mística aventurera, cantada y expuesta por San Juan de la Cruz en sus incomparables escritos”<sup>8</sup>.*

---

<sup>8</sup> *Revista de la Universidad de Madrid*, tomo I, fascículo V, 1941, p. 224.



En 1943 el primer fascículo, tomo de *Letras*, cumplía su papel propagandístico, al aportar un buen número de fotografías del edificio reconstruido de la Facultad de Filosofía y Letras, con la finalidad de comparar su nuevo estado con el de la facultad destruida, “*al liberarse Madrid*”.

### **3. El Anuario del Centro de Estudios Universitarios.**

Precisamente en 1943 nacía una publicación universitaria, el *Anuario del Centro de Estudios Universitarios*, de ámbito madrileño, vinculada al CEU y autodeclarada al margen de la universidad oficial. Diez años antes había surgido el *Centro de Estudios Universitarios*, como una alternativa a la *anarquía* de la Universidad española. La nueva revista, que se afirmaba continuadora del espíritu fundacional de aquel CEU, tenía como Director a Isidro Díaz Bustamante, por entonces Profesor Ayudante de la Facultad de Derecho de Madrid, y como Jefe de Redacción a Ramón Lacasa Navarro, ex - alumno y en ese momento secretario del Claustro de Profesores del CEU. Entre sus colaboradores habituales, Isidoro Martín, Rector del CEU, esús García Valcarcel, Juan Manuel Castro rial, Juan Manuel de Pablo Aguilera y Luis Francisco Cendillo.

En palabras de Isidoro Martín, el CEU y todo aquello a él ligado había nacido fuera de la universidad oficial pero no en contra de ella, con el noble afán de reconquistar para Dios y para España la “*más sólida forja*” del pensamiento nacional. El hecho fundacional era calificado de “*alzamiento contra la tiranía*”. La finalidad del CEU aparecía explícita en sus estatutos:

*“La formación, extensión y conservación de su núcleo de estudiosos, investigadores y pensadores de espíritu apostólico, para que este grupo intelectual, tanto por la eficacia propia como por la unidad de su formación, contribuya a renovar el pensamiento católico y nacional de*

*España en la originalidad, solidez y universalidad que tuvo en sus siglos de gloria”.*<sup>9</sup>

Es evidente que el pensamiento católico definía e individualizaba la esencia de la constitución y actuación del CEU. En este sentido, el *Anuario*, expresión de la actividad del Centro de Estudios, se autodefinía como una “*revista dorientadora*”. La revista, paraoficial si cabe, aunque claramente ceñida a los objetivos del régimen en 1943, iba a incluir como disciplinas preferentes en sus trabajos al *derecho internacional* y al *derecho natural*. Entre sus firmas más notables la de Antonio Hernández Gil, Catedrático de Derecho Civil<sup>10</sup>. Sin embargo, uno de los trabajos con mayor interés, dado el vivo interés que este tipo de cuestiones despertaba entre ciertos sectores de la opinión pública española que tenían acceso a este tipo de publicaciones restringidas fue el artículo de Castro Rial, *Perspectiva ética de la guerra*<sup>11</sup>. En este trabajo se respaldaban las tesis pro-bélicas en las que se apoyaban las declaraciones más vehementes de las principales figuras del régimen español.

Castro Rial exponía la tesis de que en la guerra no hay crimen porque la guerra no persigue el fin mortífero de las masas humanas. El crimen internacional –argumentaba- no existía tampoco en toda lucha que persiguiese unos fines éticos, claros y precisos, frente a lo que pudieran haber defendido los pacifistas ginebrinos en relación con la neutralidad. En por ello que la idea de *asesinato* no brotaba nunca en los corazones de los auténticos militares y que los principios cristianos habían repercutido en el noble pensamiento del respeto para con el vencido. Consideraba Castro Rial que la guerra era un medio necesario para el dinamismo internacional y que todo acto combativo internacional debía estar supeditado a la *Justicia*, una mejor y trascendente consigna en el convivir social. Siempre que el orden jurídico enraizase con la moral se podía hablar de un orden moral. Guiado por los argumentos sobre la guerra y el derecho internacional, Castro Rial rescataba el pensamiento impartido en las aulas de las primeras Universidades españolas, aquellas en las que impartieran su doctrina Suarez y Vitoria. Alababa el clasicismo y el racionalismo de la escuela española del Derecho Natural y de Gentes, así

---

<sup>9</sup> *Anuario del Centro de Estudios Universitarios*, 1943, p.2.

<sup>10</sup> Ver su trabajo titulado *Renacimiento del Derecho natural*, vol. año 1945, pp.9-20. Texto de la conferencia pronunciada en el CEU, el 14 de octubre de 1944, en el acto de apertura del curso 1944-1945.

<sup>11</sup> CASTRO RIAL, J.M.: “*Perspectiva ética de la guerra*”, en *Anuario del centro de Estudios Universitarios*, Madrid, 1943, pp. 18-20.

como lo que él denominaba el carácter maleable de las normas *inamovibles* de la concepción española de la Justicia, explicitado en su Historia. Al rechazar la construcción relativista y utilitarista de *falsa* raíz pacifista, que incompatibilizaba la guerra y la civilización basándose en que estas tesis desvirtuaban el sentido y el valor de la paz a que tiende todo orden humano, Castro diseñaba, como hicieran otros autores desde publicaciones de variada divulgación, el esquema de pensamiento que primordialmente se transmitió en las aulas de la Universidad española y que se aplicó a tantos objetos de estudio.

### **3. La Revista de la Facultad de Derecho de Madrid.**

Esta última publicación universitaria a la que nos referimos nació en 1940 con la intención de consagrarse como foro de expresión para el profesorado de la Facultad de Derecho, una de las primeras facultades madrileñas en ser reconstruida tras la guerra. Dirigida por el Decano de la facultad, el profesor Eloy Montero, cifraba sus propósitos en los siguientes términos:

*“Nuestras aspiraciones son grandes: queremos que nuestra Revista sea el reflejo del movimiento científico-jurídico moderno: el faro que ilumine a todos los amantes de la última cultura jurídica; (...)”*<sup>12</sup>.

En el primer número se respaldaba el proyecto del nuevo orden – *España: una, grande y libre*– capaz de superar las grandes dificultades que el momento posbélico civil proponía. Con tres números anuales, la revista fue adquiriendo su forma más representativa en las sucesivas entregas. En la tercera aportaba ya una *Sección de Ciencias Históricas y Canónicas*, categorías cuya asociación resultaba en sí misma más que elocuente. El primer artículo aparecido en la revista se tituló *Felipe II y América* y estaba firmado por Santiago Magariños <sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, nº 1, enero-marzo, 1940, p.4.

<sup>13</sup> MAGARIÑOS, S.: “Felipe II y América”, en *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, nº 3, octubre-diciembre, 1940, pp.37-45.

La *Revista* contaba con firmas singulares en la historia de España por razones varias: la del profesor Antonio Truyol Serra, la de Manuel Fraga Iribarne –por entonces alumno de la mencionada facultad-, Antonio Perpiñá Rodríguez, Eloy Montero o Estaban de Eguía, entre otros muchos. De corte similar a la *Revista de la Universidad de Madrid*, en sus fascículos de Letras y Derecho, la *Revista de la Facultad de derecho de Madrid*, fue, slavando los condicionantes ideológicos mencionados, una publicación de calidad aceptable y de un corte más científico de lo esperado. En la publicación se tocaron cuestiones muy diversas del Derecho en sus múltiples disciplinas, si bien preocupaban especialmente las cuestiones propias de la problemática internacional. Un joven Antonio Truyol y Serra, en un artículo verdaderamente notable<sup>14</sup>, se acercaba a la teoría del espacio, demostrando su conocimiento de la materia a partir de cuidadas lecturas de autores extranjeros y, en particular, de uno de los internacionalistas de mayor influencia en los países con regímenes de corte autoritario, el alemán Carl Schmit. Por su parte, las del joven Manuel Fraga fueron aportaciones de menor rigor académico, siempre plegadas al estilo erudito que primaba entre la mayoría de los autores de la época<sup>15</sup>.

La preocupación académica de algunos de los autores que colaboraron en la revista les llevaría a escribir algunos artículos en los que se ponía en cuestión y se razonaba sobre aspectos metodológicos y la orientación de las mismas en los trabajos de algunos colegas extranjeros. Es el caso de la recensión y el comentario de Antonio Perpiñá Rodríguez acerca de la obra de Costamagna<sup>16</sup>. La dedicación a las cuestiones internacionales propiamente dichas se intensificó a partir de mediados de 1943, fecha en que apareció la sección titulada *Derecho Internacional*, que incluía un apartado final de bibliografía, con textos significativos para la Historia de la diplomacia de eignobos y Renouvin. El número 13 de 1944 fue un especial, dedicado íntegramente a Portugal, en el que se incluía

---

<sup>14</sup> TRUYOL, A.: “Una nueva representación del espacio en Derecho nternacional”, en *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, nº 4-5, enero-junio, 1941, pp. 81-104.

<sup>15</sup> Véase por ejemplo el texto: “La doctrina de la soberanía en el Padre Luis Molina, S.J”, nº 4-5, pp. 105-121.

<sup>16</sup> PERPIÑÁ, A.: “La reconstrucción de la ciencia del Estado”, *Revista de la Facultad de derecho de Madrid*, número citado, pp. 223-227. Igualmente resulta interesante la reseña que este mismo autor hacía del libro de Juan Beneyto Pérez: *El Nuevo Estado español. El régimen nacional sindicalista ante la tradición y los demás sistemas totalitarios*, en *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, nº 6-7, julio-diciembre, 1941, pp. 301-303.

material gráfico y documentación. El siguiente número se centró en la teoría del Estado democrático, justificándose el abordar un tema tan marginal a la teoría del Nuevo Orden en el desarrollo de las fuerzas reales que le daban actualidad histórica, pero sin abandonar el enfoque estrictamente teórico de la cuestión<sup>17</sup>.

La timidez en el nuevo enfoque articulístico, dictado sin duda por las necesidades específicas que imponía a España la situación internacional a finales de 1944, iba a constituirse en la cota máxima de libertad académica de las publicaciones universitarias madrileñas, muy pronto alejadas de los temas de la actualidad candente y sumidas en el encierro del aislamiento ideológico de la segunda mitad de los años cuarenta.

Madrid, 7 de julio de 2004.

---

<sup>17</sup> PERPIÑÁ, A.: "Esencia de la democracia", en *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*, nº, 14, enero-julio, 1944, pp. 89-117.